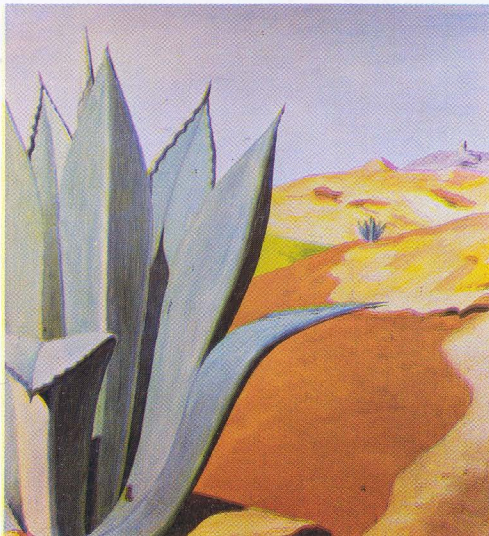




ARTISTAS CANARIOS

JORGE ORAMAS

Jorge Oramas nació en 1911, en una aldea próxima a Gran Tarajal, en Fuerteventura. A los pocos años queda huérfano y se traslada a Las Palmas, donde vive con su abuela. Aprende las primeras letras en un colegio nacional y luego se inicia en el oficio de barbero. Su formación pictórica es enteramente autodidacta. Ya en 1928 pinta sus primeras obras, donde plasma, de una manera ingenua pero fuertemente intuitiva, los lugares próximos a su vivienda (Arenales, Barriada de Guanarteme, etc). En 1929 ingresa en la Escuela de Luján Pérez, y a finales de ese mismo año participa en la primera exposición colectiva que organizan los alumnos de aquella institución. En 1933 realiza su primera y única exposición individual en el Círculo Mercantil, de Las Palmas.

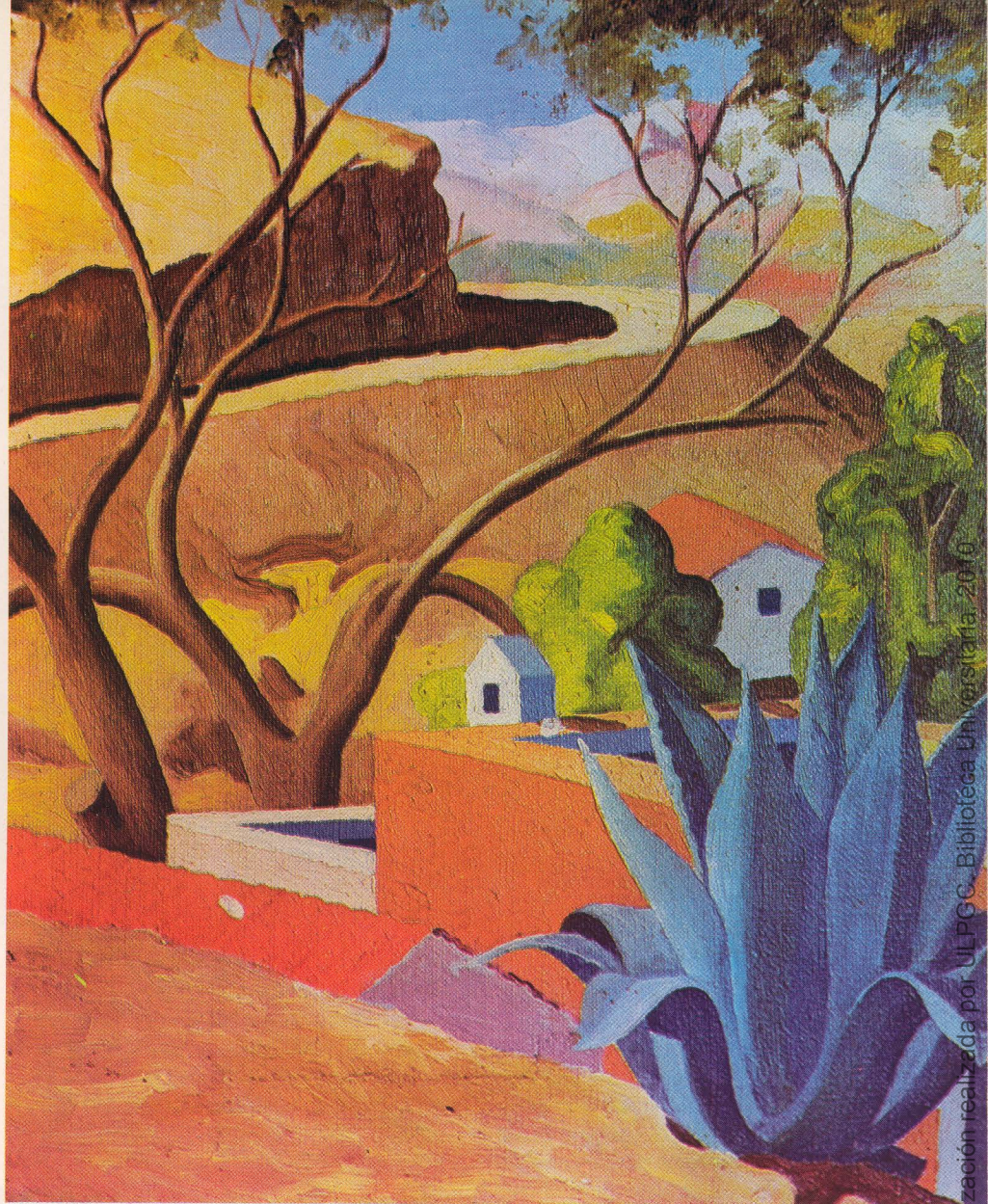
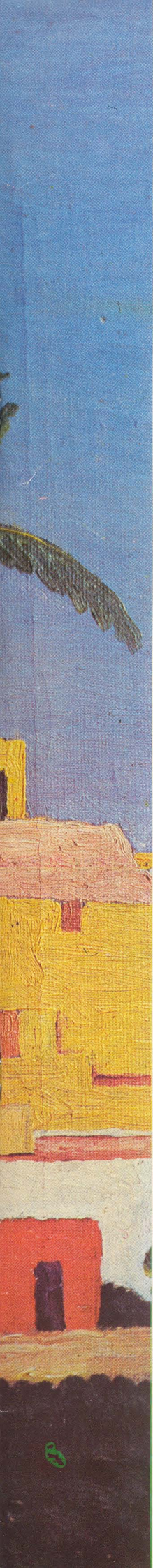


Dos años después, en 1935, fallece a consecuencia de la tuberculosis, enfermedad que padecía por lo menos desde 1928. Buena parte de sus cuadros fueron pintados en el Hospital de Las Palmas, en donde pasó recluido largos periodos de tiempo.

Los mismos críticos que oportunamente detectaron en la obra de Mcnzón un deliberado intelectualismo, refiriéndose a Jorge Oramas pusieron de relieve "la inocencia", el "estado de gracia" con que este parecía elaborar sus pinturas.

"Ha nacido primitivo" afirmó Fray Lesco; Agustín Espinosa lo denominaba "el gran intuitivo". Sin embargo, pese al evidente tono primitivo de su visión y del escaso tiempo vital de que dispuso para recibir una formación adecuada, Oramas no es un pintor inge-





nuo en el sentido de dejarse conducir exclusivamente por su instinto. Hay también en su pintura un elemento razonador, más sabio cuanto menos advertible. Oramas solía realizar bocetos de algunos de sus cuadros; y las diferencias que existen entre aquellos y las obras concluidas son lo suficientemente importantes como para mostrarnos la existencia de un artista consciente que tras la captación directa de la realidad se propone reelaborarla a través de un proceso de abstracción y de síntesis.

De una de sus obras de mayor empeño, Aguadoras, existe un apunte previo en el que aparecen diversos elementos de carácter realista que han sido transformados o eliminados en la pintura definitiva. Entre los que no han pasado del apunte se cuentan unas figuras que aparecen a la derecha —un hombre y un asno. Los cacharros de lata que llevan las aguadoras han sido substituidos por tallas de barro de forma esférica. En el boceto, el agua brota de una simple cañería insertada en la pared —pared que, a su vez, sirve de cerca a un platanar. En la pintura, todo ese fondo ha sido abstraído hasta convertirse en unas rocas

geométricas, unas masas pétreas entre las que brota el agua y asoman algunos ejemplares de flora isleña. Las sustituciones y eliminaciones indicadas son un claro ejemplo de que Oramas meditaba sobre qué elementos podrían asegurar la representación de su obra antes de iniciar la versión definitiva de la misma. Quizás lo que en Oramas nos da más sensación de primitivismo sea su aparente —o cierta— inhabilidad técnica, inhabilidad que constituye, a su vez, uno de los mayores encantos de esa pintura.

Oramas como Santana emplea el color en toda su pureza (rara vez recurre a la mezcla) y lo extiende por anchas zonas del lienzo. El dibujo es lineal, a veces tosco y perceptiblemente muy simplificado. Salvo sus tres autorretratos, la producción de Oramas con intención retratística es más bien de baja calidad. Los modelados y las sombras están conseguidos por simples zonas oscuras y compactas, sin recurrir nunca al claroscuro. Los elementos aparecen así claramente diferenciados, aunque su estructura común está sólidamente establecida. Con alguna excepción, el trabajo de composición que Oramas realiza está bien



conjuntado, valorándose adecuadamente.

Con tales procedimientos, síntesis de elaboración cubista e impresión directa, Oramas nos proporciona una traducción de la naturaleza isleña más verídica y original que la que aparece en los cuadros de Nicolás Massieu, tenido tradicionalmente como el "pintor de la isla". La óptica impresionista de éste —como la de Carlo— era poco adecuada para captar la luz de la isla, luz cuya intensidad no confunde los objetos, sino que los hace más nítidos. La mancha breve y confusa de Massieu obtenía de la naturaleza una vibración lumínica envolvente; cualquier paisaje suyo, especialmente los realizados en el mejor momento de su carrera (hasta 1930) podría ser indistintamente un paisaje canario o de Barbizón. De ahí que Massieu tuviera buenos aciertos al pintar los parajes más neblinosos de la isla —las medianías, la cumbre— adaptados a sus aptitudes. Oramas por el contrario busca obtener una luz estática, de pleno mediodía, que envuelva la tierra y los objetos en una atmósfera casi surrealista. "Jorge Oramas —señalaba Agustín Espinosa— tiene como nadie ha tenido el sentido de la luz y del color de la naturaleza Atlántica".

La imagen de la isla que Oramas nos depara en su pintura es una imagen cuya serenidad contrasta agudamente con la inquietud y la ansiedad del artista. Como hemos indicado éste pintó la mayor y mejor parte de su obra hallándose recluso en diversas instituciones sanitarias, enfermo de tuberculosis. Y el hecho de que no pintara obsesiones de neurótico nos habla de la limpidez de su mente, ajena a

su estado físico. Los colores más usualmente empleados por el pintor —verde, amarillo, rojo— no traducen su estado de ánimo, sino su aspiración a la paz y al sosiego.

LAZARO SANTANA

